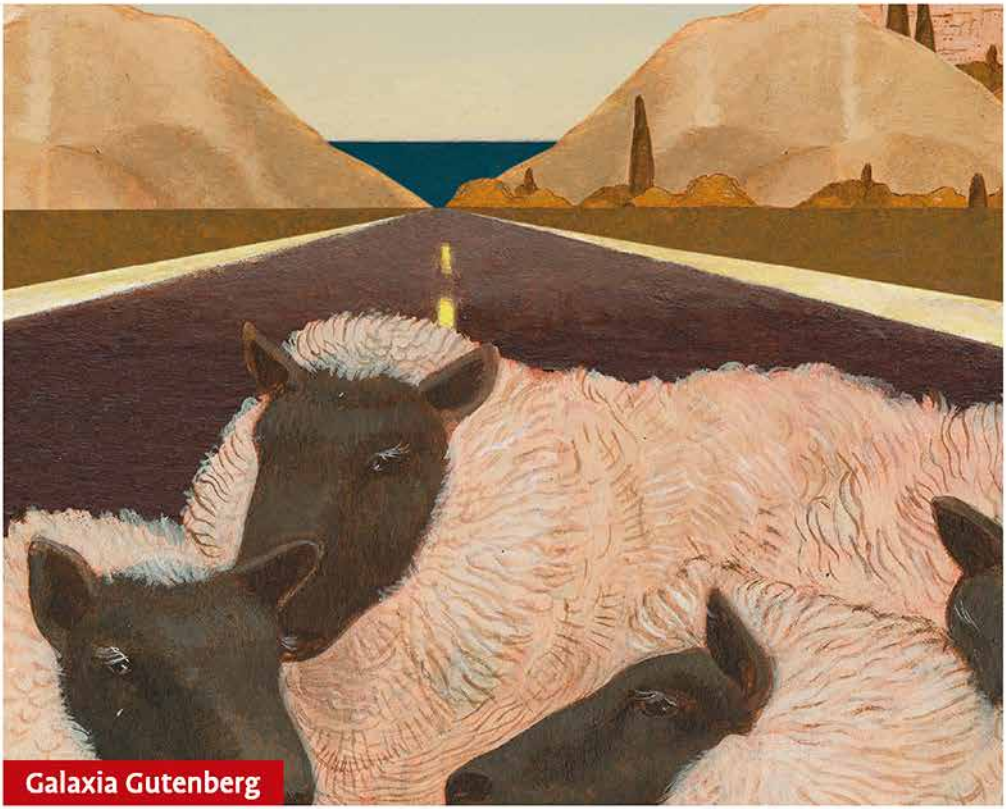


Laura Galve

Dime, niña bonita



Galaxia Gutenberg

LAURA GALVE

Dime, niña bonita

Galaxia Gutenberg



Esta novela fue galardonada el 22 de octubre de 2026 con el Premio de Narrativa Diana Zaforteza 2026, concedido y promovido por la Fundación Diana Zaforteza, con Valerie Miles como directora literaria del premio. Formaron parte del jurado Mariana Enriquez, Cristina Fuentes La Roche, Nicholas Casey y Santiago Roncagliolo.

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2026

© Laura Galve, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal: B 19241-2026
ISBN: 979-13-87605-96-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para mi Palomica

I

Un barrigón vacío sin un pollito dentro

Olía a sal. Olía a como olían los peces. Me lamí los cristalitos blancos que tenía enganchados en los pelos del brazo. Pensé en la carne poco hecha, en los pimientos fritos, en el filete empanado y salivé como un perro. Con la babilla fuera y la lengua suelta. Podía comerme una vaca, un caballo, pero también podía zamparme un elefante, un mamut si todavía existieran. La playa me había dado hambre, pero conté lento hasta diez sin respirar porque así conseguía que se pasara. Sentir todo mucho menos. Era como estar un poco más muerta durante un rato.

Se marchó aquel agujerito en la barriga. Sin embargo, me quedé con la cabeza un poco tonta y el cuerpo revuelto. Mientras esperaba a que mamá me llamara para cenar, me tumbé en la cama, pero me estiré demasiado y la piel se fue desenganchando hilo a hilo y el agujerito volvió a abrirse. Aquel hueco se hizo bola, una muy tosca y áspera, que empezó a inquietarse y a moverse de forma trastornada, resintiéndome entera y zarandeando los intestinos. Me encogí y volví a coger aire y lo dejé bien encajado en el pecho. Lo aguanté mientras repasaba, una a una, las conchas que había cogido en la orilla. La marrón. Era marrón sin más. La blanca. La que tenía una manchita gris en forma de corazón. La de rayitas. Era de rayitas, pero sólo la mitad. La medio rosa medio naranja. Como si el atardecer la hubiera teñido al caer el sol en el mar. Al llegar a diez, me desinflé, volví a sentir todo mucho menos, a estar un poco más muerta sólo durante un rato. Me dormí.

Mamá tenía un barrigón vacío. Sin su pollito dentro. Sólo aire. Estaba tirada, abierta de piernas. «Manuela», dijo. Me acerqué a ella. Me dijo que siguiera el olor a piel y que me metiera entre sus piernas. Me hice pequeñita. El pelo largo que me había costado tanto que creciera hasta debajo de la teta se convirtió en pelusilla y mis manos fueron manitas y mis piernas se volvieron alambres cortados por la mitad y mi boca se redujo al tamaño de un piñón arrugado y violeta. Me hice bebé y me metí dentro de mamá. Volví al saco de agua caliente del que había salido quince años atrás y me hice una bolita con el dedo pulgar en la boca. Lo chupaba lento, sin dientes. Sólo la encía pegada a la carne. Desde allí podía verlo todo. Lo que era y no era mamá. Colocó la mano sobre su barriga, justo encima de mi cara. Me acariciaba, muy poco a poco, con cuidado de no romper la capa de piel que nos separaba y que también nos unía y nos convertía en una. Bajó la cabeza, sólo un poco, y me susurró que así era como debía quererme siempre, con mucho mimo. Me pidió que no lo olvidara porque ya tenía edad de que me mordieran el corazón y que si lo hacían, debía tratarme bien y tocarme así, muy poco a poco y con mucho mimo.

Mamá de repente se puso a temblar. Sacudía manos y piernas como si intentara sacarse las pulgas de encima. Me agarré fuerte a ella. Algo estaba mal. Yo sentía en mi cuerpo, todavía sin acabar de hacer, que mamá se estaba yendo. Dejé de chuparme el dedo, separé los labios y le grité que por favor por favor no me dejara solita, que por favor por favor fuera mi mamá para siempre. Su vientre se encogió y yo me fui resbalando hacia abajo. Me quedé con la cabeza fuera. Unos dedos entraron por mamá y se engancharon como tentáculos a mi cuello y tiraron y tiraron de mí hasta que sólo me quedaron los pies dentro. Los hundí en mamá para no salir y le pedí que por favor por favor luchara, que sacara los dientes, que no me dejara marchar, pero ya no dijo nada ni volvió a llevarme con ella. Esos dedos siguieron tirando hasta que acabé con el cuer-

po entero fuera. Al salir, volví a tener el pelo por debajo de la teta y los brazos y las piernas largas. Papá estaba allí, delante de mí, con los dientes rotos de reír tan fuerte. Me cogió en brazos y yo le clavé las uñas en la cara, le tapé los ojos para que no viera, pero él siguió caminando y riendo con la comisura de los labios llena del serrín de las muelas machacadas. Mamá se quedó allí, sola y callada y tirada, con las piernas abiertas y un barrigón vacío.

II

Los perros tienen el morro muy fino

Mamá se había ido mientras dormía. Me desperté pasadas las once. No había escuchado su habitual aullido. Empezó a ocurrir un año atrás. Alrededor de las seis, a veces las siete de la mañana, escuchaba desde la habitación un carraspeo que luego era un quejido y luego una cadena de quejidos hasta convertirse en un aullido agudo, decadente, triste. Entonces me levantaba de la cama y salía de puntillas y me asomaba al umbral de la puerta y con media cara escondida detrás del marco me encontraba a mamá estirada en el suelo del pasillo, mirando el techo. La observaba de lejos, como a un animal, para que no se asustara y echara a correr y se escondiera debajo de algún mueble o en un agujero de la casa del que no lograr sacarla. Imaginaba que su alarido se convertía en un gran brazo de aire que golpeaba y abollaba el techo, cada mañana un poquito más, y llegar así un día en el que la capa de yeso fuera tan fina que se desprendiera y mamá y yo nos marcháramos.

Con el tiempo dejó de aullar, volviéndose un cadáver del que temía que se le desprendiera la piel y despertarme un día y encontrar tan sólo huesos.

Me dirigí a la cocina a prepararme un vaso de leche y coger una magdalena que desayunaría en la habitación. Al entrar, en vez de ver a mamá fregando algún plato de la noche anterior o tomando el segundo café con leche de la mañana, encontré a papá sentado en una silla con una lata de cerveza vacía al lado de sus pies y otra volcada sobre la mesa. El líquido rodeaba su mano izquierda y sus dedos chapoteaban nerviosos.

–Qué calladita estaba y mírala ayer noche cómo se puso a soltar. ¡Que no volvía a pisar esta casa, decía, y que si lo hacía es que se habría vuelto majara y que entonces más valía que la llevara a encerrar! –repetía papá con los ojos enganchados en una de las esquinas de la cocina.

Sabía que mamá estaba mal, triste o lo medio sabía porque siempre había hablado mucho y ya hacía unos meses que tan sólo decía «sí», «no» y «no sé» y, un día, de repente, se quedó callada. Ni mu. Al principio pensé que no era nada, que a veces las personas tienen menos ganas de hablar y ya está. Además, aquel estaba siendo un inicio de verano extraño porque llovía un día sí y otro también y un día la gente sudaba la ropa entera y al otro salía a la calle con una chaquetilla echada por los hombros. Puede que fuera eso, pensaba. Mamá se había cansado de ese tiempo tan loco y se había ido a un lugar donde fuera verano de verdad. Una vez que se pusiera morena, regresaría a casa. Sí, mamá se había ido un rato. No, mamá no podía haberse ido para siempre.

Papá se levantó de la silla y fue a buscar una tercera cerveza a la nevera. Cuando escuché el clac de la lengüeta de la lata y el *pfff* de la espuma que subía por el aluminio, sentí una fuerte picazón en la piel y corrí hacia el teléfono de casa. Llamé a mamá para saber cuándo pensaba volver, que si era cierto lo que papá decía que no fuera para siempre, sólo un rato, un poco de sol y ya está. Pero contestó la señora de Información Telefónica, no para decirme que el número estaba ocupado o fuera de cobertura porque mamá descansaba en una playa remota, sino para decirme que ya no existía. Mamá empezaba a dejar de existir. Corrí a pedirle a papá que fuera a buscarla, que se llevara a nuestro perro Curco con él, porque los perros tienen el morro muy fino y lo huelen todo. Si lo sacaba a buscarla, seguro que olería a mamá y a esa mezcla de jazmín, miel y polvos de maquillaje. Seguro que alguien había olido su perfume o todavía flotaba en la calle o se había quedado apresado en los toldos de los bares. Tan sólo había que seguir el caminito y encontrarla, pero papá no llamó a Curco. No hizo nada.

Alguien llamó a la puerta. Era una señora rubia, con el pelo recogido en un moño bajo, menuda y con una nariz pequeña que apuntaba hacia los labios como el pico de los agapornis que con cinco años pedí a mamá llevarnos de una tienda de animales de la ciudad. Mamá me dijo que sólo podíamos coger uno porque con Curco ya éramos muchos en casa y que separar a esos pobres pajaritos no estaba bien, ya que solos se morirían de pena y dejarían de comer y de beber y de volar. «¿Quieres eso, Manuela?», me preguntó. Le dije que no, avergonzada, y con la cabeza gacha y una culpa que me llenaba la tripa, que se volvía de cristal y con esquinas puntiagudas. Luego, le pregunté que si a ella un día la separaban de papá, también se moriría de pena y dejaría de comer y de beber y de caminar. Mamá entonces me cogió del brazo sin mirarme y salimos de la tienda. Era la abuela Amparo, la madre de papá. Pegadas a cada una de sus piernas, había dos maletas grandes en el suelo. En una mano llevaba un billete de tren que después descubrí que no tenía fecha de vuelta y en la otra, una bolsa de pipas. Al entrar, abrazó a papá y le dio bien fuerte dos besos que le dejaron las mejillas coloradas. Me miró y me colocó bien el cuello de la camiseta. Sólo eso. Llevaba casi un año sin verla, desde que había dejado el pueblo para irse a vivir a la playa en un pequeño apartamento con vistas al mar. No gritó «madre mía, qué mayor está la niña y qué rápido crece» –lo cierto es que aquel año había subido hasta dos centímetros más–, como se supone que deben hacer todas las abuelas del mundo. No, la abuela Amparo no hacía eso. Ella simplemente me ponía recto el cuello de la camiseta.

La abuela preguntó dónde podía dejar el equipaje y aquello me enfadó porque qué más daban sus maletas y dónde colocarlas. Mamá se había ido. Papá vació la habitación que utilizábamos como trastero. Cogió los abrigos gordos y los trastos que mamá nunca quiso tirar, por si un día nos volvían a hacer falta, como una caja de bombillas fundidas o un reposapiés con el tapiz roto, y los trasladó a la mitad del armario que antes había sido de ella. Mientras papá preparaba un colchón hinchable

para la abuela, ella le preguntó qué quería para cenar, y entonces quise que la pared que tenía detrás se le cayera encima y la aplastara, porque qué más daba la comida. Mamá se había ido. Papá respondió que no tenía hambre y, mientras descansaba el pie que le daba al hinchador, le dio un sorbo a la cerveza. Fue uno largo. Conté diez segundos, que después se convirtieron en veinte. Curco le saltó a las piernas y papá ya no llegó a los veinticinco. El perro movía la cola y papá le dio una patada y Curco lloró y yo lloré.

A la mañana siguiente, me encontré a Curco muerto frente a la puerta de mi habitación.

La abuela dijo que el perro ya estaba muy viejo y que debía habérsele parado el corazón y que mejor así, porque el pienso y el veterinario eran muy caros. Me senté en el suelo y apoyé la cabecita de Curco sobre mis piernas. Tenía una lágrima atrapada entre los bigotes. Todavía estaba caliente. Curco no se había muerto de viejo, se había muerto de pena. Y yo también iba a morirme de pena.